

RECUERDO Y OLVIDO: EL ROL DEL AGUA EN LAS CREENCIAS ÓRFICAS

Marcello Tozza

(Universidad de Málaga)

Los dioses relacionados con los cultos místéricos se diferencian de los dioses olímpicos por experimentar un contacto directo con la muerte¹. El deseo de un renacer después de la muerte impone la religión mística como alternativa necesaria al culto “oficial”, ya que, en el rito místico, a través de una representación de la muerte el fiel puede acercarse a la divinidad con la esperanza de volver a nacer como parte de la realidad divina.

Según la doctrina órfica, Dioniso, nacido de la unión incestuosa entre Zeus metamorfoseado en serpiente y su hija Perséfone, es despedazado y comido por los Titanes, que cumplen la voluntad de Hera; en seguida Zeus fulmina a los Titanes (de cuyas cenizas surge el género humano), y, recuperado el corazón de Dioniso (única parte del dios que sobrevive a la acción de los Titanes), se lo da de beber a Sêmele en una pócima; finalmente, cuando Sêmele sigue el consejo de Hera y convence a Zeus para que se una con ella de la misma manera que con su esposa, muere fulminada, y el dios tiene que terminar la gestación de Dioniso en su propio muslo².

Al nacer de las cenizas de los Titanes, los seres humanos serían descendientes de los mismos; sin embargo, habiendo los Titanes consumido las carnes de Dioniso, los mismos seres humanos estarían compuestos también por un elemento dionisiaco. Iniciándose a los misterios órficos, el fiel puede purificarse eliminando de sí el elemento titánico, y, siguiendo precisas instrucciones, gozar de una vida eternamente beata.

¹ J. ALVAR EZQUERRA, *Los Misterios. Religiones “orientales” en el Imperio Romano*, Barcelona, 2001, p. 40.

² A. BERNABÉ PAJARES, “Teogonías órficas”, en A. Bernabé, F. Casadesús (eds.), *Orfeo y la tradición órfica: un reencuentro*, Madrid, 2008, pp. 291-324.

Era fundamental para los iniciados guardar secreto sobre lo que habían aprendido durante los ritos místéricos, y, paralelamente, no olvidar las enseñanzas órficas para moverse correctamente en el Más Allá; dado el carácter secreto de estas creencias, los únicos testimonios directos de las “instrucciones” se han encontrado en las tumbas de seguidores de la doctrina órfica: se trata de pequeñas láminas en oro, que conservan grabadas invocaciones, fórmulas e indicaciones útiles para que el difunto sepa lo que hay que decir y hacer después de la muerte.

La más antigua de estas laminillas es la que se encontró en Hipponion (Vibo Valentia; años finales del siglo V a. C.), y presenta la información más completa sobre las instrucciones órficas para el Más Allá³:

«Esto es obra de Mnemósine. Cuando esté en trance de morirse hacia la bien construida morada de Hades, hay a la diestra una fuente y cerca de ella, erguido, un albo ciprés.

Allí, al bajar, las ánimas de los muertos se refrescan.

¡A esa fuente no te allegues de cerca ni un poco!

Pero más adelante hallarás, de la laguna de Mnemósine agua que fluye fresca. Y a su orilla hay unos guardianes.

Ellos te preguntarán, con sagaz discernimiento, por qué investigas las tinieblas del Hades sombrío.

Di: “Hijo de Tierra soy y de Cielo estrellado; de sed estoy seco y me muero. Dadme, pues, enseguida, a beber agua fresca de la laguna de Mnemósine”.

Y de cierto que consultarán con la reina subterránea, y te darán a beber de la laguna de Mnemósine.

Así que, una vez que hayas bebido, también tú te irás por la sagrada vía por la que los demás iniciados y bacos avanzan, gloriosos».

³ Edición y traducción de referencia: A. BERNABÉ PAJARES, A. I. JIMÉNEZ SAN CRISTÓBAL, *Instrucciones para el Más Allá. Las laminillas órficas de oro*, Madrid, 2001.

Con respecto al *incipit*, “esto es obra de Mnemósine”, resulta importante recordar lo que nos transmite el himno órfico dedicado a esta misma figura divina:

«Diosa bienaventurada, despierta en los iniciados el recuerdo
y aleja de ellos el olvido del rito sagrado».

Los himnos órficos, aunque pertenezcan al período imperial, guardan el recuerdo de una doctrina transmitida durante siglos⁴. El himno en cuestión, hablando de la función fundamental de la diosa que constituye la personificación del “recuerdo”, pone en contraposición los dos términos griegos μνήμη y λήθη (“recuerdo” y “olvido”), subrayando la necesidad de recordar lo aprendido durante los ritos místicos; evidentemente, el miedo más grande para los órficos era olvidar las “instrucciones”.

Volviendo a la laminilla de Hipponion, lo primero que el difunto encuentra en el Más Allá es “a la diestra una fuente y cerca de ella, erguido, un albo ciprés”; el texto indica que “allí, al bajar, las ánimas de los muertos se refrescan”, y advierte: “¡A esa fuente no te allegues de cerca ni un poco!”.

Antes de todo, resulta poco convencional el adjetivo asociado al ciprés, λευκά, indicante un color blanco reluciente. A la hora de interpretar el sentido de un adjetivo que no podría referirse a un ciprés, nos ayuda la pequeña lámpara encontrada en la misma tumba de Hipponion⁵: es probable que, en un Más Allá dominado por la oscuridad, un árbol de color reluciente sirviera para atraer a los difuntos hacia un lugar específico; por consiguiente, una lámpara permitía al difunto superar el “engaño” del árbol que llevaba a la fuente equivocada, iluminando el camino hacia otro lugar.

¿Por qué era tan importante alejarse de esta fuente?

Las laminillas órficas, aunque describan su ubicación, no indican su nombre.

4 G. RICCIARDELLI, *Inni orfici*, Milano, 2000.

5 G. PUGLIESE CARRATELLI, “Un sepolcro di Hipponion e un nuovo testo orfico”, *La parola del passato* 29 (1974), pp. 108-126.

Por otro lado, gracias a Platón, conocemos bien la función de esta fuente: en la parte final del décimo libro de la *República*, se cuenta el mito de Er, soldado armenio muerto durante una batalla, que yacente sobre la pira vuelve a la vida, y cuenta lo que ha visto en el Más Allá⁶.

Er asiste al juicio de las almas, viendo la manera en que los justos se enviaban hacia el cielo, y los injustos bajo tierra; paralelamente, asiste al encuentro entre las almas que volvían del cielo y de la tierra, contándose respectivamente los placeres y suplicios experimentados.

En seguida, el mismo soldado asiste a la redistribución de las vidas por parte de Láquesis, la Parca símbolo del pasado: un adivino (προφήτης)⁷ recoge los modelos de vida de Láquesis y concede a cada alma la posibilidad de elegir.

Después de haber elegido, cada alma se dirige hacia la misma Láquesis para confirmar la elección, luego hacia Cloto (Parca símbolo del presente), para sancionar el destino, y finalmente hacia Átropo (Parca símbolo del futuro), para hacer irreversible lo dispuesto.

El rol de Láquesis aparece como dominante sobre las otras dos Parcas, mostrando el dominio del pasado, con consiguiente importancia del “recuerdo”, sobre presente y futuro.

Como último acto, antes de volver a la vida, las almas tienen que pasar por el campo del “olvido” (λήθη), y beber el agua del río de la “despreocupación” (ἀμελής); Er, al no beber, no pierde su memoria y puede contar lo que ha visto en el Más Allá.

Antes de describir el relato de Er, Platón quiere subrayar el hecho que no se trata de un “relato de Alcínoo”⁸: esta expresión, Ἀλκίνοου ἀπόλογος, solía designar en la literatura griega un cuento muy largo y prolijo, en referencia a los relatos de Odiseo durante su estancia en el palacio de Alcínoo (*Odisea*, IX-XII); sin embargo, es probable que Platón utilizara dicha expresión también para poner el acento sobre las diferencias significativas entre lo que cuenta Odiseo y lo que cuenta Er con respecto al Más Allá.

6 Platón, *República*, 614c.

7 Platón, *República*, 617d.

8 Platón, *República*, 614b.

Hablamos del libro XI de la *Odisea*, en que Odiseo describe su propio viaje al Hades para interrogar al difunto Tiresias.

En Homero no existe el concepto de reencarnación: las almas de los difuntos están destinadas a quedarse eternamente en la oscuridad, intentando conservar un nostálgico recuerdo de su propia existencia terrenal, que van perdiendo en el Más Allá; Aquiles, dialogando con Odiseo, define el Hades como el lugar “donde habitan sin conocimiento los muertos, sombras de los mortales extintos” (ἔνθα τε νεκροὶ ἀφραδέες ναίουσι, βροτῶν εἴδωλα καμόντων)⁹, y luego declara que preferiría ser un esclavo en la vida al dominar entre los muertos¹⁰.

En este contexto, sólo se encuentran dos referencias al agua: la primera durante el sacrificio de Odiseo, que antes de matar a las víctimas ofrece a los difuntos leche, miel, vino, agua y harina de cebada¹¹; la segunda durante la descripción del suplicio de Tántalo, condenado a quedarse en un lago con el agua hasta la garganta, debajo de árboles llenos de frutos que, igual que el agua, se retiran cada vez que él intente tomar algo¹².

Tiresias, acercándose a Odiseo, pide que se le deje beber la sangre de los animales sacrificados para decir “cosas verídicas” (νημερτέα)¹³, y en seguida aclara que, si los difuntos se acercan a la sangre, están en condición de decir lo “verdadero” (νημερτές)¹⁴.

La sangre permite a las almas recobrar el conocimiento: menos Elpénor, que acaba de llegar al Hades por haber perdido la vida cayéndose del tejado de la casa de Circe¹⁵, y Tiresias, el único al que Perséfone ha concedido la capacidad de mantener el conocimiento en el Más Allá¹⁶, los difuntos reconocen a Odiseo acercándose a la sangre y bebiéndola.

Entonces, en el mundo homérico beber la sangre concede a los difuntos la posibilidad de recuperar la memoria y contar la verdad.

9 *Odisea*, XI, 475-476.

10 *Odisea*, XI, 489-491.

11 *Odisea*, XI, 26-28.

12 *Odisea*, XI, 582-592.

13 *Odisea*, XI, 96.

14 *Odisea*, XI, 148.

15 *Odisea*, XI, 61-65.

16 *Odisea*, X, 493-495.

Parece que esta misma función será la del agua en la doctrina órfica: habiéndose alejado de la fuente que produce el olvido, los iniciados encontrarán la laguna del “recuerdo”, custodiada por unos guardianes; allí tendrán que aclarar su procedencia para beber de la fuente correcta.

Resulta significativo el hecho que, en la laminilla de Farsalo (Tesalia; mitad del siglo IV a. C.), el difunto sea invitado a decir a los guardianes “toda la verdad” (πᾶσαν ἀλήθειαν): el término griego ἀλήθεια (“verdad”), desde el punto de vista etimológico resulta compuesto por α privativa y λήθη, por lo tanto indicaría una “ausencia de olvido”.

La centralidad del concepto de ἀλήθεια, en cuanto oposición a la “mentira” y al “olvido”, se muestra de manera clara en las tres laminillas de hueso encontradas en Olbia Póntica (Mar Negro; siglo V a. C.). En estas laminillas encontramos cuatro oposiciones:

βίος θάνατος (“vida-muerte”)
εἰρήνη πόλεμος (“paz-guerra”)
ἀλήθεια ψεῦδος (“verdad-mentira”)
σῶμα ψυχή (“cuerpo-alma”)

Las tres laminillas presentan el nombre de Dioniso abreviado y, en una de ellas, se lee el término ὀρφικοί: no obstante las dificultades a la hora de aclarar su específica función ritual, no cabe duda sobre la naturaleza órfica de estos documentos¹⁷.

Evidentemente los iniciados a la doctrina órfica asociaban el concepto de “mentira” al concepto de “olvido”, mientras que la “verdad” coincidía con el “recuerdo” de lo que habían aprendido durante los rituales místéricos.

En este sentido era tan importante decir “toda la verdad” a los guardianes, y beber el agua de Mnemósine para mantener el “recuerdo” de esta verdad.

17 A. I. JIMÉNEZ SAN CRISTÓBAL, *Rituales órficos*, Madrid, 2002, p. 449.

Es crucial lo que el difunto tiene que declarar delante de los guardianes:

“Hijo de Tierra soy y de Cielo estrellado”.

Esta afirmación nos reconduce a la creencia órfica según la cual el género humano surgió de las cenizas de los Titanes, fulminados por Zeus. Los Titanes eran hijos de Tierra y Cielo, así que, evidentemente, a través de esta declaración el difunto demuestra conocer su procedencia de los seres que habían devorado el cuerpo de Dioniso; pero, paralelamente, al pedir agua de la fuente de Mnemósine, demuestra haber participado en los rituales órficos y, por consiguiente, haber eliminado de sí el elemento titánico. Bebiendo el agua del “recuerdo”, el difunto iniciado puede irse por la “vía sagrada” (ὁδὸς ἱερὰ), junto con los otros βάκχοι.

Es emblemático el hecho que Baco indique el nombre del iniciado y del dios: lo mismo ocurre en el *Libro de los muertos* egipcio, en que el difunto suele definirse Osiris, y resulta importante reflexionar sobre la semejanza entre el texto religioso egipcio y las laminillas órficas, que no se limita a esta identificación entre el fiel y el dios.

El *Libro de los muertos* es uno de los textos más significativos de la literatura religiosa egipcia: está escrito, con muchas ilustraciones, en rollos de papiro colocados en el sarcófago, al lado del difunto; a veces el texto se escribía en las vendas que enrollaban el difunto, o en las paredes de la tumba. Parece existir desde la dinastía XVIII, o sea desde la mitad del II milenio a. C., y su título original era *Libro para salir a la luz*; su función era proporcionar al difunto un conjunto de instrucciones para continuar su vida después de la muerte. No tenía un contenido fijo: ningún manuscrito contiene todos los capítulos, cuya numeración, tal como aparece en las ediciones modernas, es totalmente ficticia¹⁸.

18 Edición de referencia: E. BRESCIANI, *Testi religiosi dell'antico Egitto*, Milano, 2001.

El culto funerario egipcio se basa sobre el mismo mitema del desmembramiento del dios, protagonizado por Osiris, Isis y Seth: Seth, autor del crimen, desmiembra el cuerpo de su hermano Osiris escondiendo los restos en diferentes regiones de Egipto, e Isis tendrá que recomponer el cuerpo de su esposo para unirse con él y generar Horus, quien derrotará al mismo Seth.

Es probable que la cultura egipcia tuviese cierta influencia sobre las creencias funerarias órficas, como ya sospechaba en el siglo I a. C. Diodoro Sículo, que hablando de los egipcios declaraba:

«Dicen que Orfeo, después de llegar a Egipto y
participar en el rito y en los misterios dionisiacos, los adoptó

...

y tratan de probar que todo lo que es objeto de
admiración entre los griegos fue traído de Egipto.

En efecto, Orfeo trajo la mayoría de los ritos,
las celebraciones orgiásticas que acompañan
su vagar y los mitos sobre el Hades.

Pues el rito de Osiris es el mismo que el de Dioniso,
y el de Isis muy parecido al de Deméter,
cambiando sólo los nombres»¹⁹.

En el *Libro de los muertos* egipcio el difunto, como en las tablillas órficas, se enfrenta al diálogo con unos guardianes²⁰, encuentra un árbol y pide agua²¹; sin embargo, el árbol es aquí el sicomoro en lugar del ciprés, y, aún más importante, no hay dos fuentes ni hay relación entre el agua y el concepto de recuerdo.

Los órficos, introduciendo una clara identificación entre el concepto de existencia y el concepto de recuerdo, han revelado un pensamiento especulativo extremadamente moderno.

19 Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, I, 23, 2; I, 96, 3.

20 Capítulo 122.

21 Capítulo 59.